CASA PUBLICADORA BRASILEIRA
COMENTARIO DE LA LECCIÓN

IV Trimestre de 2008
"La expiación y la cruz de Cristo"

Lección 6
(1º al 8 de Noviembre de 2008)

La expiación en símbolos - I

Pr. Joao Antonio Alves

Versículo para Memorizar: *"Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación"* (1 Pedro 1:18, 19)

Pensamiento Clave: El sistema de sacrificios del Antiguo Testamento señalaba el sacrificio de Cristo.

Ya hemos considerado en esta serie de estudios algunos aspectos fundamentales para la comprensión de un tema tan grandioso como lo es la doctrina de la expiación. El primero de ellos, naturalmente, señala a Dios y sus atributos, pasando por el inicio de la crisis cósmica, la caída en el pecado y el anuncio de la expiación a distintos personajes bíblicos. En esta Lección, veremos algo de la didáctica divina en la enseñanza relacionada al sistema sacrificial, con su abundancia de sangre derramada.

Alguien impresionable podría sentirse afectado al saber cómo se llevaban a cabo los rituales, y podría preguntarse por qué era necesario derramar tanta sangre. En verdad, era una ilustración que tenía el propósito de impactar poderosamente en el pecador con respecto a la consecuencia del pecado. "La paga del pecado es la muerte" (Romanos 6:23). Si alguien pecaba, ese alguien debía morir. Si el hombre pecó, tenía que morir. Siendo que Dios no desea la muerte de nadie, diseñó un plan para rescatar al hombre de ese destino inevitable. En ese plan, Jesús asumiría el lugar del pecador culpable, daría su vida para que el hombre pudiera vivir.

En el sistema del Santuario, Cristo era simbolizado de manera especial por el cordero sacrificial. "Sin efusión de sangre no hay perdón" (Hebreos 9:22). Él es "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). Esta es la razón por la que la sangre era derramada: mostrar la seriedad del pecado, el terrible mal que resultaba de él, lo cual exigía la muerte, no sólo del animal sacrificado, sino también la muerte del propio Hijo de Dios.

El estudio de esta Lección debe llevarnos, humildemente, a reflexionar acerca de la muerte de Jesús y cómo estamos considerando su sacrificio en nuestro lugar.

La expiación y los sacrificios de animales

El sacrificio de animales tuvo su origen tan pronto como el hombre pecó. En el relato de Génesis 3, el hombre procuró cubrir su desnudez con hojas de higuera (Génesis 3:7). Estas hojas simbolizan el esfuerzo humano para solucionar el problema causado por el pecado. Son un símbolo de la salvación por las obras. Pero las obras humanas no son aceptables ante Dios. La cuestión involucrada es extremadamente grave. Mas la desnudez del hombre no sólo fue física, sino también espiritual. De este modo, la solución para el hombre dependía de la acción divina. Y Dios actuó, haciendo ropas de piel de un animal para cubrir la desnudez humana. Aunque el texto no lo mencione, naturalmente está implícito el sacrificio de un animal. La piel fue de un animal que tuvo que morir para suplir la necesidad del hombre. Posteriormente, la Biblia relata el sacrificio ofrecido por Abel. Génesis 4:4 hace referencia a la gordura del sacrificio de Abel, lo que implica la muerte del animal. En esta situación, el propio pecador debía sacrificar la víctima. En el ritual levítico, el pecador ofrecía el sacrificio (Levítico 4:29). De este modo, era impresionado fuertemente con la gravedad de su pecado. De la misma manera, Adán sacrificó el animal que le proveyó una piel para vestirse.

A propósito de esta instancia, Elena de White observa: "Para Adán el ofrecimiento del primer sacrificio fue una ceremonia muy dolorosa. Tuvo que alzar la mano para quitar una vida que sólo Dios podía dar. Por primera vez iba a presenciar la muerte, y sabía que si hubiese sido obediente a Dios no la habrían conocido el hombre ni las bestias. Mientras mataba a la inocente víctima temblaba al pensar que su pecado haría derramar la sangre del Cordero inmaculado de Dios. Esta escena le dio un sentido más profundo y vívido de la enormidad de su transgresión, que nada sino la muerte del querido Hijo de Dios podía expiar" [Patriarcas y profetas, pp. 54, 55].

En el sacrificio del animal en el Edén, encontramos una revelación de Dios como Redentor de la raza humana. En su misericordia y gracia, Dios salvó a Adán y Eva de una muerte inevitable (Génesis 2:17), porque Él mismo proveyó un medio de redención. La sentencia de muerte fue transferida del pecador hacia un sustituto, el animal sacrificial. De este modo, la ruptura de la relación producida como consecuencia del pecado, puede ser restaurada. La sangre del animal trajo vida y reconciliación. De manera análoga, la sangre de Cristo nos otorga vida y somos reconciliados con Dios, para vivir en su presencia cubiertos con la justicia de Cristo.

El pecado y la impureza

Dios es Santo. Su Santidad lo mantiene separado del mundo de pecado y muerte, que es el ámbito natural del ser humano. Pero Dios, misericordiosamente, concretó con el hombre un pacto y le ofreció una oportunidad de volver a relacionarse con Él. En este pacto, el hombre es invitado a imitar la santidad de Dios mediante la observancia de la Ley del pacto (Levítico 19:2; 20:7, 8). ¿Y cómo este pacto podía romperse? Por medio del pecado y la impureza.

En el contexto del Santuario, hay tres palabras para pecado que son importantes. La primera es חָטָא (*kjatá*), que entiende al pecado como una falla en obedecer la ley del pacto (Levítico 4:2; Isaías 42:24). La segunda (*'āwôn*) designa al pecado como una perversión a lo que es correcto (Job 33:27). La tercera (*peša'*) expresa la verdadera

naturaleza del pecado, es decir, el crimen, la rebelión. Teológicamente hablando, esta palabra define al pecado como un acto de rebelión contra el pacto y el Señor del pacto (Isaías 1:2; Jeremías 3:13; Amós 2:4, 6-8).

En relación a la impureza, es importante destacar su significado metafórico, esto es, de alienación. La persona "impura" era alienada o separada de la comunidad del pacto. De esta manera, era impedida de convivir hasta con la propia familia, un hecho agravado por su apartamiento del santuario. El impuro no tenía acceso al santuario, a los beneficios espirituales provistos por el ritual del santuario. Dicho de otra manera, el hombre impuro podía ser considerado muerto, tanto social como espiritualmente.

¿Cómo solucionar el caso de las personas pecadoras/impuras? El camino era el sistema del Santuario. El perdón de los pecados (Levítico 4:20) y la purificación (Levítico 12:8) eran ofrecidas en el Santuario. El pecador arrepentido debía llevar una víctima sacrificial (Levítico 5:5, 6). Eso rebelaba que la ruptura del pacto era algo muy serio, y no podía ser considerada livianamente. Toda violación del pacto exigía una reparación. Como el hombre no tenía modo de reparar su acto de rebelión, Dios instituyó las formas legales en el sistema del Santuario, para reinsertar al pecador a los beneficios del pacto. En resumen, aquí tenemos la manifestación del amor de Dios por los pecadores. A pesar de la infidelidad del ser humano para con el pacto, Dios –en su amor– provee el Sustituto, simbolizado por el animal sacrificial, para continuar extendiendo sobre el pecador todos los beneficios originales de una relación con el Creador de todas las cosas. El Santuario era el lugar del perdón y de la salvación.

Los sacrificios

Las Sagradas Escrituras no dejan lugar a dudas con respecto a la condición del ser humano. Tal como lo expresa el apóstol Pablo, "todos pecaron, y han caído de la gloria de Dios" (Romanos 3:23, cf. 5:12). Partiendo de esta trágica certeza, el ritual levítico prescribe lo que se debía hacer en caso del pecado de parte del sacerdote, de toda la congregación, del príncipe y, finalmente, del alguien cualquiera del pueblo. Todos son pecadores. Pero para todos ellos hay una solución. La salvación es inclusiva. Nadie es dejado fuera, cualquiera sea su posición social, su función, etc. Esta inclusividad puede notarse en la prescripción de las ofrendas por el pecado, la cual dependía de la situación financiera del individua: una cordera o cabrita (Levítico 5:6), o dos pichones o palominos (versículo 7), o aún una ofrenda que no incluyera sangre, ante una situación de extrema pobreza, que podía consistir en una décima parte de una efa de flor de harina (versículo 11). Resumiendo, nadie podía alegar alguna excusa para no comparecer ante el Señor. El camino del Santuario estaba abierto permanentemente a todos. Lo mismo ocurre en nuestros días. No hay excusas. Aquél que comparece, recibe el perdón y es reintegrado a la comunidad del pacto.

Un aspecto que no debe olvidarse es el hecho de que se exigía perfección en los animales ofrecidos en sacrificio. La razón para esto es que ellos señalaban a Cristo, la ofrenda sacrificial por excelencia. El apóstol Pedro deja esto bien en claro cuando afirma que todos hemos sido rescatados por la "sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 Pedro 1:19). No le es posible al hombre ofrecer alguna cosa por sí mismo, siendo que naturalmente es imperfecto. Únicamente el Sustituto celestial puede hacer expiación por los pecados de la humanidad

pecadora. Al hombre le compete aceptar este ofrecimiento gratuito de parte del Cielo en su favor.

Un error muy común es que haya personas que creen que, antes de comparecer ante el trono de la gracia, necesitan “mejorar” su vida; “corregir” algunas cosas, para ser aceptos delante de Dios. Nada más equivocado. Vamos a Cristo tal como estamos, con el corazón contrito, arrepentido, no importa cuál haya sido nuestro pecado.

En Cristo hay perdón para todo aquél que humildemente reconoce su estado y clama por la misericordia divina. El Cielo se alegra con el retorno del hijo pródigo al hogar paterno. Nadie puede ir tan lejos como para que no pueda volver. Alcanza con dese-arlo. Reconócelo. ¡El te está esperando!

La eliminación del pecado/impureza

El Santuario funcionaba, por así decirlo, las veinticuatro horas del día. Naturalmente, esto no debe ser tomado literalmente, en el sentido de que había una guardia nocturna que atendiera a algún penitente que se atrasara debido a sus compromisos. Pero la ofrenda sacrificial siempre estaba quemándose sobre el altar, simbolizando el perdón disponible continuamente para todo pecador (Éxodo 29:38-42). En términos operativos, sin embargo, los sacerdotes ministraban en el atrio y en el lugar Santo a favor del pueblo de Dios. Los sacerdotes también atendían a los pecadores que traían sus sacrificios y buscaban ser expiados a través de la mediación de los sacerdotes. Hay algunos aspectos que merecen ser destacados en estas ceremonias, tal como la imposición de manos y el rito de la manipulación de la sangre.

El acto de imponer las manos sobre la víctima simbolizaba la transferencia del pecado desde el pecador hacia la víctima. Esto es explícitamente declarado en relación al macho cabrío destinado a ser Azazel (Levítico 16:21). Como resultado, la víctima moría. El pecado es muerte. Es una pareja inseparable.

Una vez producida la muerte del sacrificio, ¿qué se hacía con la sangre o con la carne? En algunos casos, el sacerdote tomaba la sangre y la manipulaba de una manera específica, asperjándola siete veces ante el velo del Santuario o colocándola sobre los cuernos del altar del incienso, o derramando lo que restaba en la base del altar del holocausto (Levítico 4:6, 7, 17-18), o incluso colocándola sobre los cuernos del altar del holocausto (Levítico (versículos 25, 30). En otros casos, la carne del animal ofrendado debía ser comida por el sacerdote oficiante (Levítico 6:25, 26; 7:6, 7, 10-17). En ambos casos, ya sea introduciendo la sangre en el Tabernáculo, o comiendo la carne del animal sacrificial, el pecado era transferido al Santuario, lo que producía su contaminación. Con respecto al pecador, estaba perdonado. El perdón se otorgaba cuando el sacrificio era ofrecido. La idea bien concreta es que el pecado = muerte. El pecado era transferido al animal, y éste moría. La sangre era llevada hacia el interior del Tabernáculo, mientras que el pecador se retiraba del Santuario perdonado. Ya no se encontraba en un estado de alienación, excluido de la comunidad del pacto. Era aceptado en base a la muerte del Sustituto.

En cualquiera de los dos casos, es importante destacar que Dios tiene la solución para el problema del pecado. Dios asume la responsabilidad. Es una prefiguración de la

obra de Cristo. Obviamente, la diferencia es enorme entre la obra de Cristo y los símbolos del Santuario. Los símbolos no logran captar todas las dimensiones de la obra que sería llevada a cabo por Cristo. No obstante, la enseñanza es muy clara: Jesús asumió la culpa por nuestros pecados; murió una sola vez al ofrecerse como sacrificio perfecto, único para así ponernos nuevamente bajo el favor de Dios, como hijos amados, perdonados, y justificados por su sangre. Así como el sacerdote ministraba con la sangre de la víctima, Jesús ministra en el Santuario Celestial tomando como base la sangre derramada en la cruz. Una cosa inseparablemente unida a la otra. El sacrificio y la mediación sacerdotal; el perdón y la reconciliación.

En algunas oportunidades, las personas a veces dicen que no se sienten perdonadas. Considerando el sistema de salvación enseñado por el ritual del Santuario, podemos decir que nadie necesita sentir alguna cosa. Todo lo que se espera es que la persona crea en la promesa del perdón a través del sacrificio de Jesús (1 Juan 1:9). Él perdona y purifica. En Él somos hechos nuevas criaturas, para gloria de Dios.

Otros sacrificios

Además de los sacrificios por el pecado, que ya hemos mencionado, hay otras ofrendas que debían, o podían, ser presentadas en el Santuario. Cada una de ellas tenía un significado especial que merece ser considerado. En primer lugar, tenemos las ofrendas quemadas. Eran llamadas así porque debían ser consumidas totalmente en el altar. ¿Pero cuál era su función? Aunque las ofrendas quemadas individuales fueran voluntarias, cumplían una función expiatoria (Levítico 1:4). Además de ello, la orientación de que debían ser consumidas totalmente sobre el altar simbolizaba la plena consagración del oferente. Era como si el pecador se colocara enteramente sobre el altar, sin retener nada, ofreciendo todo al Señor. Era una ofrenda voluntaria, libre. Representaba el acto del corazón de ofrecerse, entregarse.

Esto merece una reflexión: ¿Cuánto estamos dispuestos a entregar sobre el altar del Señor? En el caso de Cristo, la ofrenda perfecta, la entrega fue total. Él dio su propia vida. El Señor espera que estemos dispuestos a entregarle nuestros “cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Romanos 12:1).

También estaban las ofrendas de paz. Pueden ser clasificadas como ofrendas de gratitud o alabanza, las cuales eran ofrecidas en alguna ocasión de regocijo, gratitud por alguna bendición especial, o por una liberación concretada por el Señor. Las ofrendas de paz eran voluntarias, y procedían de un corazón desbordante de gratitud al Señor. Eran de alabanza por lo que Él hizo, exaltando su amor, su bondad y misericordia por sus hijos. Eran ofrendas de un suave aroma al Señor. La ofrenda era dividida en tres partes: una para el Señor, la cual era quemada sobre el altar; la otra para el sacerdote; y la mayor parte era para el oferente, que haría un banquete con invitados. Era una ocasión de alegría, para manifestar gratitud a Dios por su misericordia.

Además de éstas, las ofrendas de manjares consistían de dos principales productos vegetales en la alimentación del pueblo: harina, aceite, cereales, vino, sal e incienso. Parte de esas ofrendas era quemada en el altar como fragante aroma en memoria al Señor. El resto de las ofrendas pertenecía al sacerdote. La ofrenda de manjares simbolizaba la sumisión y la dependencia, y eran un reconocimiento de la soberanía y

mayordomía de Dios. A través de ella se reconocía que Dios es el Sustentador de la vida, quien provee el alimento para cada día. Las bendiciones temporales provienen del Señor. El hijo de Dios que reconozca este principio será fiel al Señor en lo que respecta a sus posesiones. Si, a través de la ofrenda quemada, la persona se consagraba al Señor; en el ofrecimiento de manjares, el pecador consagraba al Señor todos sus bienes.

Todo lo que estamos analizando durante esta semana apunta a Cristo; la revelación del Santuario se centra en la persona de Cristo. Fue una anticipación de su sacrificio expiatorio en la Cruz del Calvario. El Santuario era una revelación del plan de salvación. La expiación manifestada a través de símbolos. Es la maravilla del amor de Dios puesto en acción, para restaurar la comunión interrumpida a causa del pecado, para sanar las heridas, para reintegrar a sus hijos al favor celestial, ofreciéndoles su perdón haciendo disponible la salvación.

Los símbolos, aún cuando fueron señalados por el propio Dios, son inadecuados en su representación de la realidad: la obra redentora de Jesucristo. Pero nos enseñan verdades esenciales para nuestra vida cristiana. No obstante, no debemos extraviarnos en los detalles de los símbolos, olvidando la realidad, que es Cristo. Hacia Él deben converger nuestros pensamientos y reflexiones. En Él se deben concentrar las meditaciones de nuestro corazón. Él debe ser la inspiración de nuestra vida como cristianos. Él es el sacrificio por nuestros pecados. A Él le debemos consagrar nuestra vida como una ofrenda quemada para ser consumida totalmente en el altar del Señor.

Pr. João Antonio Alves
Profesor de Teología
Instituto Adventista del Nordeste
Brasil



Traducción: *Rolando D. Chuquimia*